

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
P. 2. 1. 1.

CARTA DÉCIMACUARTA.

Diciembre 9.

La señal de la cruz preserva contra todo lo que pueda comprometer la salud y la vida. — Apacigua las tempestades. — Extingue el fuego. — Protege contra los accidentes. — Detiene las olas. — Hace entrar á las aguas en su lecho. — Aleja los animales feroces. — Preserva de veneno. — Hago de las criaturas instrumentos de prodigios.

Poderoso para devolver la salud y la vida al signo de la señal de la cruz, querido Federico, no lo es ménos para alejar lo que pueda comprometerlas. Abundan los hechos para probarlo; pero los límites de una carta, no me permitirán mas que citarte algunos. Desde la rebelión ocasionada por el pecado original, todos los elementos sometidos á la influencia del demonio se conjuraron contra el hombre. El aire, el fuego, el agua y, ¿qué se yo? le hacen de continua una guerra mortal, y para defendernos, se ha

puesto en nuestras manos una arma universal, la señal de la cruz.

Dios, cuya voz mandaba á los vientos y tempestades, los manda todavía por el adorable signo de nuestro rescate. Leemos en la vida de San Niceto, obispo de Treves, que dirigiéndose á su diócesis, se durmió en el buque en que había tomado pasaje. Durante la travesía, un resaca de viento levantó las olas, despedazó las velas, rompió los mástiles y puso á la embarcacion en peligro de zozobrar. Los pasajeros, aterrorizados despertaron al santo, que tranquilamente hizo la señal de la cruz sobre las irritadas olas, y al punto la calma sucedió á la tempestad.¹

Segun la fé de la Iglesia tan explícitamente manifestada en el *Pontifical Romano*, el demonio es el que amontona las nubes. Sobre el aire, que es donde permanecen él y sus legiones, ejerce una influencia particular. ¡Cuántas veces se sirve de él para desolar los campos, y sobre todo, para impedir á las criaturas de Dios que trabajen en la destruccion de su imperio!

¹ Excitatus quoque á suis fecit signum crucis super aquas et cessavit procella. (San Greg. Turon., *De gloria confessor.*, c. XVII.)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
P. 2. 1. 1.

Atendiendo á la inmensa multitud que acudía á sus sermones, uno de sus poderosos atletas, San Vicente Ferrer, predicaba al aire libre. Para impedir la predicacion, rara vez dejaba el demonio de formar tempestades, que el santo tenia la necesidad de disipar. Una de las más terribles fué la que conjuró con la señal de la cruz y el agua bendita en un barrio de Cataluña, el día de San Pedro y San Pablo, después de haber celebrado la misa y ántes de dejar el traje sacerdotal. ¹

Como el aire, el fuego obedece á la señal de la cruz: San Tiburcio, hijo del prefecto de Roma, fué condenado á ofrecer incienso á los ídolos, ó á caminar sobre un lecho de fuego. El jóven mártir hizo la señal de la cruz, y sin vacilar avanzó en medio de los braseros. Parado con los piés desnudos sobre los carbones ardiendo: "Renuncia ahora á tus errores, dijo al juez, y reconoce que no hay más Dios que el nuestro. Pon, si te atreves, tu mano en agua hirviendo en nombre de Júpiter, y que ese mismo Júpiter

¹ Sparsit aquam sacram et deinde crucis expressit signum, illico tempestas dissipatur... strepissime... oratione tempestates crucis signo compescuit. (*Vit.*, lib. III.)

tien llamas tu dios, impida que sientas el ardor. Por lo que á mí hace, me parece que caminó sobre una senda de flores. ¹

Sulpicio Severo refiere como habiéndolo sabido del mismo San Martin, que una noche el fuego se apoderó de una pieza en que reposaba el nummaturgo de las Galias. El santo, que despertó lleno de sobresalto, procuró extinguir las llamas que devoraban sus vestidos, ¡inútiles esfuerzos! Repentinamente vuelve en sí, y no piensa ni en apagar el fuego ni en huir, sino que lleno de confianza hace la señal de la cruz. Las llamas se dividen, y formando un arco sobre su cabeza, le permiten continuar tranquilamente su oracion. ²

Permíteme que te cite todavía un hecho personal del gran obispo. Infatigable enemigo de la herejía, Martin, habia abatido un templo, tan famoso como antiguo; no quedaba más que un gran piso cercano al edificio, que tambien quiso destruir porque era objeto de supersticion. El sacerdote del dios y los otros paganos se opusieron, hasta que al fin dijeron al vale-

¹ *Act. S. Sebast.*

² *Epist. 1. ad Euseb. presbyt., et Vit. S. Martini, lib. X.*

roso obispo: Puesto que tienes tanta confianza en tu Dios, cortaremos el árbol con la condición de que te pondrás debajo de él al caer. La condición fué aceptada.

Delante de una multitud innumerable, el santo se dejó atar y fué colocado hácia el lado en que el árbol debía de inclinarse. Sus compañeros estaban asaltados de mil temores. El árbol ya medio cortado comenzaba á caer, y ántes de un minuto el venerable obispo debía quedar aplastado. ¿Qué hace el hombre de Dios? Levanta tranquilamente la mano, y hace la señal de la cruz. En el instante el árbol vuelve á levantarse y empujado como por un viento terrible, va á caer del lado opuesto. Se escuchó un grito de admiración de aquella inmensa multitud, y casi no hubo persona de las que la formaban que no pidiera el bautismo.¹

Lo que pasó en las Galias se renovará en Italia. El venerable abad Honorato, fundador del monasterio de Fondi, vió un día aquel santo asilo en que vivían doscientos religiosos amenazado de una ruina total. De la cumbre de la montaña á cuyo pié estaba construido el mo-

¹ *Id. ubi supra.*

monasterio, se desprendió una inmensa roca que debía destruir todo bajo su peso. Acude el Santo, invoca el nombre del Señor, extiende la mano derecha, y opone á la roca el signo de salud. La enorme masa se detiene y permanece inmóvil en el flanco de la montaña, posición que hasta hoy conserva.¹

Del Occidente pasemos al Oriente, y veremos que el soberano poder de la señal de la cruz no se limita ni por la diferencia de climas ni por los grados de longitud y latitud. Escuchemos á San Gerónimo: "El temblor de tierra universal que siguió á la muerte de Juliano el apóstata, hizo salir al mar de sus límites. Como si Dios amenazara al mundo con un segundo diluvio, ó que todo debiera volver al antiguo caos, los navíos fueron llevados á las cumbres de las montañas por las irritadas olas. Los habitantes de Epidauro, al ver caer espantosas masas de agua y temiendo como otras veces les había sucedido, que la población se sumergiese, fueron á ver al santo anciano Hilarión.

Como si marcharan al combate le colocaron

¹ S. Greg., *Dial.* lib. I. c. I.

á su cabeza. Llegado que hubo á la ribera el santo, hizo tres veces la señal de la cruz sobre la arena y extendió las manos al diluvio que avanzaba mugiente. A esta señal no es creíble hasta qué altura subió el mar, y permaneció así ante él; pero despues de haber rugido largo tiempo, como irritada por el obstáculo que le oponia San Hilarion, las olas descendieron poco á poco sobre ellas mismas, sin atreverse á pasar la barrera sagrada. Epidauro y todo el país publican aún este milagro; las madres lo refieren á sus hijos, para que pase á la memoria de la posteridad.¹

Voy á presentarte un hecho análogo mucho mas reciente. Nuestro historiador frances, Mereray, refiere que en el año de 1196, las lluvias torrencionales hicieron desbordar los rios y los estanques, resultando que las inundaciones parecian un verdadero diluvio. No se conoció otro medio de detener el azote, que las oraciones, procesiones y preces públicas, y ese medio fué

¹ Qui cum tria crucis signa pinxisset in sabulo, manusque contra tenderet, incredibile dictu est in quantam altitudinem intumescens mare ante eum esteterit, ac diu fremens et quasi ad obicem indignans paulatim in semetipsum relapsu est, (*Vit. S. Hilarion., vers. fin.*)

empleado. Apenas se hizo la señal de la cruz sobre las aguas, cuando se retiraron inmediatamente á sus cauces.¹

Si la vara de Moisés, figura de la cruz, pudo dividir las aguas del Mar Rojo y tenerlas en suspenso como montañas, ¿por qué no podria la misma señal hacer entrar en sus cauces los torrentes desbordados?

Volvamos á la inmortal Tebaida, y déjame referirte algunas otras maravillas de que fueron autores sus angélicos habitantes, y el instrumento la señal de la cruz. Uno de ellos, Julian, á quien se daba el nombre de Sabás, ó el anciano de blancos cabellos, atraviesa la árida soledad. En su camino le espera un enorme dragón: el espantoso animal le lanza una mirada sangrienta, y se precipita con su inmensa boca abierta para devorarle. Sin conmoverse el venerable anacoreta, detiene el paso, invoca el nombre del Señor, hace la señal de la cruz, y el monstruo cae muerto.²

¹ *Hist. de France, t. II, p. 135.*

² At ego Dei nomen appellans, digitoque trophæum crucis ostendens, et omnem motum excussi, et belluam extemplo corruentem vidi. (*Theodoret, Relig. hist., c. II.*)

Más léjos mira á San Marciano, solitario de Siria, que renueva el mismo milagro. Cuando oraba á la puerta de su celda, Eusebio, su discípulo, que estaba un poco léjos de allí, vió un monstruoso reptil sobre lo alto del muro, del lado del Oriente, próximo á lanzarse sobre el santo para devorarlo. Eusebio, espantado, gritó con todas fuerzas para advertir al maestro, con jurándolo á que huya.

Marciano le reprende por su temor, y hace la señal de la cruz, soplando contra el espantoso animal. Vióse entónces el efecto de la palabra primitiva: *Estableceré una guerra á muerte entre su raza y la tuya*. El aire salido de la boca del santo, fué como una llama que abrasó el dragon, de tal manera, que cayó hecho pedazo como una caña consumida por el fuego. ¹

Fácil sería multiplicar los hechos realizados en aquellos lugares, por siempre célebres; pero para agrupar las maravillas del mismo género marchemos á la Italia, no obstante que vol-

¹ Digo crucis signum expressit, et ore insufflans res inimicitias patefecit; mox enim draco, spiritu oris luti flamma quadam correptus, exuste in tar arundinis, multas partes dissectus et. (*Ibid.*, c. III.)

vamos al Oriente. San Gregorio el Grande refiere, que San Amancio, sacerdote de Tiferno, hoy Città de Castello en la Umbria, tenia tal imperio sobre las más temibles serpientes, que nada podian ante él. Le bastaba hacer la señal de la cruz para que murieran cuantas encontraba: huian á sus guaridas, Amancio las sellaba con la señal de la cruz, y morian allí por un poder invisible. Esto era el cumplimiento de la palabra del Maestro: *Matarás las serpientes, serpentes tollent.* ¹

Sabes que nuestro Señor, á esas palabras agregó inmediatamente: *Y si bebieren algo emponzoñado no resentirán ningun mal: Et si mortiferum quid biberint non eis nocebit*. Algunas gruesas entre mil. La ciudad de Bosra, en Idumea, tenia por obispo á San Juliano. Por odio á la religion, algunos habitantes notables formaron el designio de envenenarle. Corrompieron al criado del obispo, le procuraron un tósigo, y le encargaron que lo pusiera en la copa de su señor: el desgraciado obedeció.

¹ In quolibet loco, quamvis immanissime asperitatis serpentem repererit, mox ut eum signo crucis signaverit, distinguit. (*Dialog.*, lib. III, c. XXXV.)

Divinamente instruido de cuanto estaba pasando, el santo tomó la copa, la colocó delante de él, y sin tocarla, dijo á su criado. "Ve de mi parte á invitar á comer á los principales habitantes de la ciudad." Sabia que entre ellos estarían los culpables. Todos asistieron á la invitacion. Entónces el santo hombre, que á ninguno queria difamar, les dijo con una dulzura angelical: "Pues quereis envenenar al humilde Julianio, hé aquí el tósigo, voy á beberlo.

Despues de estas palabras, hace la señal de la cruz sobre la copa, diciendo: En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo," y apura hasta la última gota sin sentir ningun mal. Con tal espectáculo, sus enemigos cayeron á sus piés, pidiéndole perdon.¹

Es necesario ser bachiller del siglo diez y nueve para ignorar el hecho que sigue. Si hay un hombre, cuya vida debia ser conocida de todos

1 Voce mitissima omnibus dixit: Si arbitramini humilem Julianum veneno occidere, ecce coram vobis pestiferum calicem bibo: signansque ter digito suo calicem, et dicens: In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, bibo hunc calicem. Bibit illum coram omnibus totum, atque illæsus perstitit. Quod illi cum vidissent, prostrati veniam petiere. (Sophron., in Prat. Spir.)

en todos sus detalles, es la del patriarca de los monjes de Occidente, San Benito, Nuevo Moisés, ¿no es á él y á sus hijos á los que debe Europa haber salido de su barbarie? ¿Podeis mostrar una lauda material ó moral que no haya procurado mejorar el benedictino? ¿un principio civilizador que no haya enseñado, cultivado y practicado, Dios sabe con cuántos esfuerzos?

Lo que sabemos es, que Satanás, el viejo Fagón, no retrocedió ante ningun medio para impedir la obra libertadora. Apenas retirado á la soledad, Benito vió llegar hácia él algunos monjes indignos de ese nombre, que le rogaron los dirigiese y fuese su superior. El santo les impuso una regla, y por sus palabras y ejemplos se esforzó en someterlos al rigor de la disciplina.

¡Vanos esfuerzos! Los ejemplos lastiman su orgullo, las palabras provocan su cólera y atizan su odio, hasta llegar á la resolucion de envenenar al venerable superior. Mezclan veneno en el vino, y llenan un vaso, que le presentan en la mesa para que lo bendiga, segun el uso del monasterio. Benito extiende la mano, hace la señal de la cruz, y como si hubiera recibido un

golpe con un cuerpo pesado, vuela en mil pedazos hecho el vaso envenenado. El santo comprendió que se le había presentado la copa de la muerte, que no había podido soportar la señal de la vida.¹

Por estos ejemplos, y por otros mil, podrá convencerte, querido amigo, qué poderosa oración se encierra en la señal de la cruz, con cuántos favores nos enriquece, y de cuántos peligros preserva nuestra débil existencia. Tratemos de otra nueva aplicacion del signo protector.

En Francia, en Italia, en España, y creo que aun en tu país, los católicos, cuando el cielo truena, tienen la costumbre de hacer la señal de la cruz. Los que dudan de todo, toman esto por debilidad, como si los verdaderos católicos de los diez y ocho siglos que nos han precedido, hubieran sido espíritus débiles y mujeres supersticiosas.

En el caso indicado, y aun en otros peligros

1 Extensa manu Benedictus signum crucis edidit, et vas quod longius tenebatur eodem signo rupit, sicque confractum est, ac si in illo vase mortis pro cruce lapidem dedisset. Intellexit protinus vir Dei quia potum mortis habuerat, quod portare non potuit signum vitæ. (Sanc Greg. *Dialog.*, lib. II, c. III.)

imprevistos, vemos la señal de la cruz en uso entre los cristianos, tanto en Oriente como en Occidente, desde los primeros tiempos de la Iglesia. San Efren, San Agustín, San Gregorio de Tours, y otros mil testigos, lo vieron y lo atestiguan. "Si repentinamente, dice el santo diácono de Edeso, el relámpago desgarrar una nube, si el rayo estalla con furor, el hombre tiene miedo, y todos espantados, nos inclinamos á la tierra."¹

Hablando de los que frecuentan las reuniones mundanas, San Agustín agrega: "Si por casualidad alguna cosa les atemoriza, hacen la señal de la cruz."²

San Gregorio refiere, como cosa de notoriedad pública, que bajo la impresion de un temor y á la vista de un peligro cualquiera, los cris-

1 Si repente fulgur aliquod vel tonitruum clarius ac vastius contingat, omnem subito sui formidine perterret hominem, cunctique horrore percussi in terram nos inclinamus. [*Ser. de cruce.*] El santo habla de la señal de la cruz, y aunque no la nombra, es evidente que la ejecutaba en esa circunstancia, pues no dejaba de hacerla nunca á cada instante, y hasta en las acciones mas ordinarias.

2 Si forte aliqua ex causa expavescent, continuo se signam. (Lib. L, *Homil.*, homil. 21.)

tianos recurren al signo protector, y no en vano; entre mil, el hecho siguiente es una prueba.

Iban dos hombres de Ginebra á Luciana, cuando estalló una violenta tempestad, acompañada de vivísimos relámpagos y repetidos truenos. Según la tradicional costumbre de los cristianos, uno de los viajeros se apresuró á hacer la señal de la cruz, y el otro, burlándose, le dijo: "Qué, ¿espantas moscas? deja esas supersticiones de viejas; tales ridiculeces deshonoran la religión y son indignas de un hombre ilustrado."

No habia concluido, cuando un rayo le tendió muerto á los piés de su compañero, que mas que nunca continuó protegiéndose por la señal de la cruz. Terminó su viaje felizmente, y refirió en todo el país lo acaecido.¹

Aviso á los espíritus fuertes asegurados contra el rayo.

La señal de la cruz no solo protege la vida del hombre, sino que es una promesa de seguridad para cuanto le pertenece. De aquí viene el uso universal de ese signo libertador en las casas los campos, los frutos y los animales.

"Los católicos, dice el grave Stukius, tienen

¹ Tilmán., *Collect. des SS. Pères.*, lib. VII, c. LVIII.

preces, acompañadas de la señal de la cruz, para todas las criaturas en particular, las aguas, las hojas, las flores, el Cordero Pascual, la leche, la miel, el queso, el pan, las legumbres, los huevos, el vino, el aceite y las vasijas que contienen todo esto. En cada fórmula piden expresamente el alejamiento del poder malhechor del demonio, y la salud del cuerpo y del alma.

"El día de la Resurrección bendecían la miel, la leche, las viandas, los huevos, el pan, y todas las cosas que se dan como saludables al alma. El día de la Asunción, las yerbas, las plantas, las raíces y los frutos de los árboles, para comunicarles una virtud divina.

El día de S. Juan, el vino, sin cuyo requisito lo consideran como impuro y principio del mal.

El día de San Estéban, los pastos, y el de San Marcos, los trigos. Siguen en esto el precepto de San Pablo, que ordena á los fieles bendecir todo lo que sirve para la vida, y dar gracias por ello: usos misteriosos en favor de los que los teólogos dan excelentes razones."¹

¹ Cujus sane reisa theologis, et quidem optimis, gravissimæque rationes afferentur. [*Antiq. convivial.*, lib. II, c. XXXVI, p. 430.]

A su vez esas criaturas, libres de las influencias del demonio, se convierten, gracias á la señal de la cruz, en instrumentos de la poderosa bondad del Criador.

Se lee, en San Gregorio de Tours, que una enfermedad pestilente causaba tal destruccion entre los animales, que llegaron á preguntarse los hombres, si desaparecerian completamente las especies. En su desolacion, algunos habitantes de los campos acudieron á la basilica de San Martin y tomaron el aceite de las lámparas y el agua bendita, que llevaron á sus casas, á las que entraron haciendo la señal de la cruz sobre las cabezas de los animales que aun no habian sido atacados, y dieron de beber ambas cosas á los enfermos, que al instante quedaron salvados. ¹

Citemos el último ejemplo del poder protector de la señal de la cruz. San German, obispo de Paris, iba delante de las reliquias de San Sinfiriano mártir. Al pasar por una poblacion, sus habitantes fueron á suplicarle que tuviera compasion de una pobre viuda, llamada Panisia, cu-

¹ Mox dicto citius clandestina peste propulsa, pecora liberata sunt. (Lib. III, *Miracul. S. Mart.*, c. XVIII.)

yo pequeño campo de trigo habia sido destruido por los osos. "Venid, le dijeron, venid á ver ese campo, y que los animales dañinos desaparezcan á vuestra presencia."

A pesar de la oposicion de las personas que lo acompañaban, el santo acudió al lugar, se puso en oracion é hizo la señal de la cruz sobre la pequeña heredad. A poco llegaron dos osos; pero llenos de furor se arrojaron uno sobre otro. Uno de ellos quedó sobre el campo de batalla, y el otro, gravemente herido, fué rematado con un palo; y la pobre viuda no tuvo ya que deplorar la pérdida de su cosecha. ¹

La historia abunda en hechos semejantes; pero basta por hoy.

¹ Fortunat, *In vil. S. Germ.*